

El amor, es decir, algo que no es la mujer misma, sino el honor femenino enamorado. En otra leyenda—la que acabamos de ver en el teatro—se presta á todo, menos á que su nombre quede maculado por regias liviandades. Tal vez hubiera consentido que un villano deshonrara su tálamo. El rey, el rey su igual, jamás.

Don César se revuelca en el fango, corteja Maritorres, duerme á campo raso, trampea, llena, si buen viento le sopla, su bolsillo, con el fruto de sus rapiñas; pero tiene un nombre hidalgo, noble, y ese nombre es sagrado. Aún en sus desenfrenos y trapacerías es simpático, porque da estocadas y da escudos; porque burla á la ronda y á las hembras fáciles; porque mata y besa. Si su mujer fuera la manceba de su Rey, sería antipático. Entre hombre y nombre hay separación completa: el hombre cae; el nombre ondula como la bandera, sobre el cadáver del abanderado.

De lo muy hondo y recóndito de la raza nos brota ese cariño á los bandidos generosos y nobles como Don César de Bazán. Por dadivosos, reidores y valientes nos seducen. Llévanos á celebrarles el propio impulso que arroja á la mujer en brazos del galanteador que ha de perderla. Tiene ese tipo mil y mil encarnaciones en la literatura, principalmente en la española; pero su personificación más gentil y cautivadora es el Don Juan. Don César ya es el gracioso del donjuanismo, el segundón de buena sombra y bolsa enjuta, pero también nos parece guapo, bueno y hasta honrado. Democratizado por el pueblo, se convierte ese tipo en Diego Corrientes ó en el guapo Francisco Esteban; pero siempre es el mismo carácter enérgico, á la par que compasivo, el mismo ladrón para sí y para los otros, el mismo galanteador selvático y afortunado. Dejó la espada por el

trabuco, el puñal por el cuchillo de monte, el cinturón de cuero por la faja roja; pero es el mismo á quien mucho se perdona, porque mucho ha dado.

¡Oh tierra enamorada de la luz y del color, de lo que brilla y lo que suena, del tajo y del revés, de la túnica de brocado y la mantilla blanca; oh tierra, que bebes Jerez y Málaga, aspirando el humo caliente de la sangre; tierra de los borrachos de Velázquez y de los toreros de Goya; de los retablos místicos y de los majos de Fortuny, siempre tendrás para Rodrigo los ojos de Jimena, y abiertos los brazos para el hijo pródigo! Y nosotros también, ¡oh abuela, que nos contabas cuentos de aparecidos y de apariciones, de reyes buenos y de bandidos generosos, de santos que venían del cielo á visitarnos y de asesinos que se iban á la gloria, por devotos! ¿No tenemos, por nuestra hidalga educación, mucho de Don César de Bazán? Como él decimos: el trabajo deshonra. Como él tenemos un nombre, sea el de Pérez, el de Quijada ó el de López, que es sagrado. Deber al pobre, trampear, vivir á expensas de los otros, es caballeroso. Rehusar un duelo, perder al juego y no pagar, sí es deshonroso. De la estafa, del tapete verde, de la batillería plebeya, el nombre sale ileso. Pero que una mujer, á la que dimos nuestro nombre, una mujer que en substancia resulta mujerzuela, nos engañe, y entonces hay que matar ó hay que morir. Lo manda el nombre. Que nos lancen un reto y no aceptemos: el nombre, erizo de pavor, nos clava sus aguzadas uñas en la nuca.

¡Oh eterno, eterno Don César de Bazán, oh abuelo nuestro!

EL DUQUE JOB.

## CINCO AÑOS DE PRISION.

Y el anciano lívido, trémulo, parpadeando se levantó de su asiento: habríase dicho que el asiento le empujó. Sombrío era aquel hombre blanco. Ni el hombre enmarañado de la Selva de Mans infundió más pavor. Correcto, erguido, con la muriente llama de la vida avivada en sus ojos por la cólera, quiso hallar la palabra, la imprecación, la blasfemia, el grito bestial que retorciéndose en el espíritu erizado no encontraba la salida. La boca abierta quedó muda por algunos instantes. Entró por fin á esa alma un soplo de aire y pudo hablar.

—¡Miserables! ¡Miserables! Yo me llamo la gloria. Yo me llamo el Génio. He dado mi nombre al picacho más alto que domina las fuentes del Orinoco. He dado mi nombre al mar que corre de Noruega á Gröenlandia. Mi querida fué Francia. Mi enamorada, la humanidad. Tuve á mis pies á los reyes, á los sultanes. Me llamaron el Grande. Ví la corriente tumultuosa del siglo desde una cumbre. Iba á la inmortalidad para decirle á Homero: cántame. ¡Miserables! ¡Miserables! . . .

*A aquel inmenso orgullo abofeteado asomaron las lágrimas. Ya habló el hombre:*

—¡No, yo no he robado, yo no soy un ladrón, eso es mentira! He vivido con lujo: pues ¿pude acaso haber vivido de otro modo? Así, con la fastuosa pompa de los vencedores viví yo. ¿Queríais que un César pordioseara? Y ¿quién me hizo César? Pues vosotros, mis adora-

dores, mis creyentes, mis fanáticos! ¿Cómo había de suponer que me pidiérais cuentas, que me regatearais, á mí que dí tanto á la humanidad y más á Francia? ¿Cómo había de ver si quemábais incienso en torno mío é iba yo por el mundo, como los dioses de la Iliada, envuelto en una nube? Si fuí el que dí ¿qué es lo que debo?

¡Ah, ese himno solemne alzado en loor mío, tuvo el estruendo de una catarata! Otros conocen el aplauso: yo he escuchado el torrente de la admiración. Y ese estrépito augusto ensordece al par que encanta. Yo le oí. Sólo eso oí.

Por un momento, por un momento que duró muy largos años, la civilización sorprendida me señaló diciendo: ese es! Yo mismo no sabía quién era; yo mismo me desconocía; pero al cabo creí que ese era yo. Quedé estático, en silencio, ante la proyección colosal de mi sombra en el espacio.

¿Qué sabéis vosotros de esos aturdimientos, de esos vahidos, de esos vértigos que se sienten en las cimas? Veo delante de mí la toga oscura que parece tiznada y huele á hollín; veo ratones que corren, gatos que atisban: yo he sido águila.

Tuve fe en mi destino, fe oriental, fe con alma de sol, fe con médula de león. Había unido dos mares, como sumo sacerdote que une las manos de dos novios. Y anhelaba officiar de nuevo en otras nupcias inmortales. No era posible que los mares me desobedecieran. Me habíais dicho vosotros que erais mis esclavos.

La piedra no tiene corazón, y dí con ella. Me engañaba tal vez; pero á pesar del recio golpe, seguí creyendo en mí, seguí creyendo en ese yo bronceado que vosotros mismos me forjásteis. Mi estrella continuaba irradiando. ¡Mentirosa . . . ! Hoy no será—me decía yo—

pero ¿y mañana . . . ? Y ese mañana deseado sonreía eternamente!

¿Que se necesitaba más dinero? Bueno ¿y qué? Yo necesitaba gloria. Gloria para mí, gloria para Francia, gloria para el mundo. ¿No soy yo el "gran francés?" Pues Francia es mía. ¿Qué sé yo de dinero ni de ahorro! Mañana—me pensaba—pagaré con creces á mi ejército, á éste formado de gentes que me aman. Y mañana volvía á decir: ¡Mañana. . . !

Llegaron los judíos, los explotadores, me cercaron, me ofrecieron . . . y eso, eso quería yo, que alentaran mi esperanza. Dinero para seguir viviendo como quien soy, como un soberano; fuerza nueva para continuar en mi obstinada lucha. Yo no sé lo que harían. Yo era Lesseps ¡Todo antes que abdicar, antes que dimitir! ¡Qué vergüenza habría sido esa para Francia!

Ahora, ya no hay mañana. Ahora es hoy. La prisión . . . la ignominia . . . ¡Dios! ¡Mi Dios!

*El gran francés calla por algunos momentos; después, balbuciente, habla; pero ya no es el hombre, ya es el pobre viejo:*

—Os lo juro, señores, yo no soy culpable . . . Yo no he robado . . . Yo creí poder pagar . . . Yo pagaré . . . Puede ser que haya mentido . . . No lo niego . . . Pero mentía para daros mucha gloria . . . una riqueza inmensa! No me juzguéis como á los delincuentes vulgares . . . como á los ladrones. Soy el hombre de Suez. . . Acordaos de que entonces nada me robé . . .

No me quiten del pecho esta gran cruz de la Legión de Honor. Soy honrado . . . lo juro. Que nadie sepa lo que está pasando . . . Yo soy Lesseps, señores abogados. Vosotros no me conocéis; pero dí mucha gloria á Francia, fui su ídolo . . . ! Mi apoteosis . . . Mis noches de Ismailia . . . ¡Mi *smalá* deslumbrante de belleza!

¡Mis hijitos mimados por la humanidad . . . ! Mis paseos triunfales por el bosque de Boulogne . . . ! Bueno! Todo eso pasó! Sí me resigno . . . ! ¡Pero no la cárcel . . . no la afrenta! ¿Cómo voy á decirles á mis hijos: teniais un nombre glorioso, y yo, vuestro padre amante, os lo quité. . . aquí está, en cambio, un nombre deshonorado? ¡No, si eso no puede ser. . . eso sí no!

Vosotros, señores abogados, sois buenos, sois muy buenos. Ya no os habla el gran francés, os habla el pobre papá Lesseps que tiene miedo de volver á casa. ¿Para qué cinco años de prisión? Tengo ochenta y ocho de vida y he sufrido mucho en estos días. Ya me voy á morir. . . No tengo fuerzas ya para matarme. Nada os cuesta guardar esa sentencia por algunos días y, si sois tan crueles, publicadla cuando haya muerto, cuando ya no la vea impresa. Pero que ahora nada sepa mi mujer. . . que nada sepan mis hijos.

Los pequeños, señores jueces, señores abogados, nada han hecho. Sólo saben que su papá es el "gran francés." Sed piadosos, no conmigo, sí con ellos.

Ya no iré al Pantheon. Me llevarán á un camposanto oscuro, al que vosotros querais, á la ínfima clase. Si lo exigís, diré que no hice el itismo de Suez. . . que esa fué obra de ustedes, señores magistrados, y no mía. Ya no será glorioso mi nombre, pero sí será honrado. . . Por piedad. . . !—

*El anciano lloraba. No era el "gran francés," no era el hombre, no era el padre, no era el anciano: ya era el niño.*

*En su palacio, Shylock, el judío eterno, se reía.*

EL DUQUE JOB.

## REMEMBER.

---

La muchedumbre invade los cementerios como una marea obscura. Los cirios arden junto á las cruces blancas de las tumbas, en el verde enverjado de los sepulcros, en las doradas arandelas de los nichos: ¡Oh fiesta de los muertos, qué triste eres!

\* \* \*

Para estimar y comprender mejor tu honda tristeza, es necesario ir á esos camposantos ignorados, á esos cementerios de los pueblos, á esos musgos átrios de parroquias, con sus cruces de palo y sus cipreses altos. Aquí la vanidad lo invade todo. No tenemos espacio para pensar en esos pobres seres que partieron antes que nosotros: la ola nos arrastra, el viento nos empuja, el rumor de la mar nos ensordece y ni aun siquiera vemos la mano que nos señala el hondo abismo, como tampoco acierta á distinguir el pasajero en una noche oscura y tempestuosa, la roja luz que anuncia el próximo peligro. En nuestros países tropicales y bien queridos por el sol, la muerte es menos triste. Aquí en los camposantos brotan flores, y la violeta empina su cabeza de amatista sobre el césped de las tumbas. La luz colora todo, y entre esas avenidas de árboles frondosos, cuya raíz se encaja en la madera de los ataúdes; entre esas callejas aromosas de naranjos, se piensa con fruición religiosa en el poema de los universales meta-

morfoseos. El cielo está muy claro, muy tranquilo, y tras él se figura nuestra fantasía el país de las almas, el lugar donde nos aguardan todos los que amamos; las flores que la escarcha del invierno no ha podido marchitar, alfombran el cementerio humedecido: el aire nos trae en sus sonoras ondas, rumores de hojas que se mueven, murmurios de agua y trinos de ave; la gran naturaleza nos rodea con todos sus encantamientos prestigiosos, y la muerte pierde una parte grande de su espanto, y se trueca en transformación inacabable: ya no es el cadáver, ese pobre y mezquino cuerpo maniatado que se pudre en la estrechez hedionda del sepulcro, es un puñado de materia orgánica que se descompone, que entra en el torbellino de la vida, en el gran Cosmos, es un puñado de materia cuyos átomos van á formar la tez aterciopelada de las amapolas y el esmalte brillante del myosothis, el oro de la estrella que titila y la pluma del pájaro que vuela.

Pero en las ciudades brumosas del Norte, la muerte cobra todo su terrible horror; allí es donde Lutero dice contemplando á los que yacen en el camposanto de Wors: *Invideo quia quiescunt*, envidio á los que duermen; allí es donde el espíritu se encoje ante el sepulcro; allí es donde los muertos tienen frío, padecen hambre y sienten sobre sus desnudas carnes tentáculos invisibles y mordeduras de gusanos; allí parece que la vida se prolonga en esas hoquedades subterráneas y los cierzos que bajan de las nevadas cimas de los montes van cargados de quejas y sollozos, tristes vagidos de los pobres niños que lloran en la tumba y que llaman con grandes voces á la madre, y hondos lamentos de doncella enamorada en cuyo seno de alabastro hormiguean los gusanos de la tumba.

\*  
\* \*

Jamás pueblo ninguno de la tierra ha sentido ese horrible espanto de la muerte como el pueblo egipcio. Las formas obscuras de una absurda teogonía le enseñaban que hay algo que sobrevive al hombre en el sepulcro y que esa sombra de la vida, como la llamaban, ha menester de alimentarse y de nutrirse, de trabajar y de rezar como nosotros. Tenía aquella creencia algo del purgatorio cristiano, pero era todavía más espantosa. La muerte se convertía en una irresistible catalepsia, en una tortura inefable y casi eterna, y el cadáver en uno de esos enterrados vivos cuyos suplicios nos refiere la leyenda. La mómia sentía las exigencias de la vida, sin poder satisfacerlas; la acosaba la sed, padecía el hambre, y sus brazos hosificados de esqueleto no podían procurarle la gota de agua clara que refrescara sus ardientes labios, ni el pedazo de pan que mitigara su hambre. De ahí viene esa pagana usanza de la ofrenda. En ciertos días llevaban los egipcios á las tumbas de sus deudos, todas vueltas al Oriente, panes y manjares que eran como la provisión de sus sepulcros, y los ricos pintaban en las paredes de los hipogeos figuras de servidores y de esclavos, llevando en sus manos bandejas con alimentos y garrafas de agua. Aquella inmensa servidumbre inmóvil bastaba para la vida de ultratumba.

\*  
\* \*

Para nosotros la muerte no es ese suplicio horrendo. El cristiano ha puesto en cada tumba el *Resurrexit*. ¡Resucitará! La fiesta de los muertos es con más propiedad la fiesta de los resucitados. Subsiste, sin embar-

go, purificada por un dogma divino, la creencia de que podemos todavía consolar á los seres que amamos y mitigar sus penas aun después de muertos. Es la doctrina del amor en una forma más perfecta. Ya el cadáver no sufre las torturas físicas del hambre, de la sed y del cansancio; pero padece en ese purgatorio místico en donde se depuran los espíritus; ya no recibe el tributo de los manjares y los panes, sino el tributo de las oraciones; pero cada oración abrevia el plazo de su destierro y su martirio, como cada uno de esos manjares del paganismo mitigaba el hambre devorante de los muertos; el mismo lazo liga á los seres que son con los que ya no viven en esta mezquina vida de la tierra; sólo que en la piel del gusano han brotado alas, y la tosca materia se ha hecho espíritu.

EL DUQUE JOB.

### Con perdón de la Diosa.

Las inyecciones dinamogénicas han provocado serio debate entre algunos doctores. Este asunto y el de la "Diosa del agua" recientemente descubierta en San Juan Teotihuacán, son ahora los predilectos de la prensa.

La "Diosa del agua" me inspira poco interés. ¿Es la diosa del agua como afirma Batres, ó es la diosa de la prostitución, como asevera un colaborador del *Nacional*? A mi modo de ver, la solución de este problema sólo interesa á la diosa, porque si lo es del agua, no tendrá devotos, y si lo es de la prostitución, contará desde luego con muchos creyentes y con muchos templos.